

III

DE LA MISMA Á LA MISMA

«Gueranda, julio.

»¡Ah querida mamá! ¡Conocer los celos al cabo de tres meses! Heme ya con el corazón ocupado por un odio profundo y por un profundo amor. No sólo soy engañada, sino que veo que no he sido nunca amada. ¡Qué feliz soy teniendo una madre y un corazón con quien desahogarme!... A nosotras las mujeres que somos aún un poco niñas basta que nos digan: ¡He aquí la únicallave de vuestros palacios que está oxidada por falta de uso; entrad en todas partes, gozad de todo, pero guardaros de ir á Touches!» para que nos apresuremos á ir á allí con los ojos encendidos por la curiosidad de Eva. ¡Qué irritación había comunicado á mi amor la señorita de Touches! ¡Por qué prohibirme el ir á Touches? ¡Qué valdría una dicha como la mía cuya existencia dependiese de un paseo, de una visita á un rincón de Bretaña? Y ¡qué tengo yo que temer? En fin, una usted á las razones de la señora Barba Azul el deseo que sienten todas las mujeres de saber si su poder es precario ó sólido, y comprenderá usted como hubo un día en que pregunté con aire indiferente:

»—¿Qué es Touches?

»—Touches es vuestro—me dijo mi divina suegra.

»—¡Si Calixto no hubiese puesto nunca los pies en Touches!—exclamó mi tía Ceferina meneando la cabeza.

»—Pues no sería mi marido—le dije á mi tía.

»—¡Cómo! ¿ya sabe usted lo que pasó allí?—me preguntó maliciosamente mi suegra.

»—Es un lugar de perdición—dijo la señorita de Pen-Hoël.—La señorita de Touches cometió allí muchos pecados cuyo perdón está pidiendo ahora á Dios.

»—¿No contribuyó ese lugar á salvar el alma de esa noble joven y á hacer la fortuna de un convento?—exclamó el caballero de Halga.—El abate Grimont me ha dicho que Felicidad había hecho una donación de cien mil francos á las damas de la Felicitación.

»—¿Quiere usted ir á Touches?—me preguntó mi suegra.—Ya merece la pena de visitarlo.

»—No, no—me apresuré á decir.

»No le parece á usted esta escena una página de algún drama diabólico? Como se repitiese veinte veces bajo veinte pretextos diferentes, mi suegra acabó por decirme:

»—Comprendo que no vaya usted á Touches, y creo que tiene razón.

»¡Ah! usted confesará, mamá, que este involuntario golpe la hubiera decidido á saber si su dicha descansaba sobre tan frágiles bases. He de hacer justicia á Calixto, y declararle que nunca me propuso ir á visitar aquella cartuja que había pasado á ser de su propiedad. Cuando amamos, hay que confesar que carecemos de sentido común, porque aquel silencio y aquella reserva de mi marido picaron mi curiosidad y le dije:

»—¿Qué temes de Touches, para ser el único que no me hablas de ese paraje?

»—Nada; vamos allá cuando quieras—me contestó.

»Y de este modo fui cogida como todas las mujeres que se dejan coger y que dan á la casualidad el encargo de que desate el nudo gordiano de su decisión. Y fuimos á Touches.

»Aquel retiro es delicioso, de un gusto profundamente artístico, y me agrada atrocemente aquel abismo adonde tanto me encargó Felicidad que no fuese. Todas las flores venenosas son encantadoras, como sembradas por Satanás, pues yo entiendo que hay las flores del diablo y las flores de Dios, y no tenemos más que examinar nuestra conciencia para ver que esos dos espíritus, ó sea, el del bien y el del mal, crearon el mundo á medias. ¡Qué amargas delicias disfruté en aquella situación, en que jugaba, no ya con fuego, sino con cenizas!... Estudiaba á Calixto, procuraba cerciorarme de si todo estaba extinguido, y espiaba su rostro, yendo de habitación en habitación y de mueble en mueble, enteramente como los niños que buscan algún objeto escondido. Calixto me pareció pensativo, pero en un principio creí haber vencido y me sentí bastante fuerte para poder hablar de la señora de Rochefide. Por fin, fuimos á ver el famoso boj donde quedó enganchada Beatriz cuando Calixto la arrojó al mar para que no fuese de nadie.

»—Debe pesar bien poco para haberse aguantado ahí—le dije riéndome.

»Calixto guardó silencio.

»—Respetemos los muertos—continué yo diciendo.

»Calixto siguió sin desplegar los labios.

»—¿Te he molestado?

»—No, pero cesa de galvanizar esta pasión—me respondió.

»¡Qué palabra! Calixto, al ver la tristeza que me causó, redobló conmigo sus atenciones y su ternura.»

«Agosto.

»¡Ay de mí! estaba en el fondo del abismo, y, como los inocentes de todos los melodramas, me entretenía en coger flores. De pronto, un pensamiento horrible ha venido á amargar mi dicha: me ha parecido adivinar que el amor de Calixto crecía con los recuerdos y que me atribuía á mí los disgustos que yo reavivé recordándole las coqueterías de aquella horrible Beatriz. Esa naturaleza malsana y fría, persistente y blanda, que tiene algo del molusco y del coral, se atreve á llamarse Beatriz. Madre mía, heme ya obligada á velar continuamente para ver si se confirman mis sospechas, cuando mi corazón es todo de Calixto; y ¿no es una gran catástrofe que la sospecha se haya justificado? He aquí cómo:

»—Este lugar me es grato—le dije á Calixto un día—porque le debo la dicha, y, por lo tanto, te perdono el que á veces creas estar con otra.

»Este leal bretón se puso rojo como la grana y yo me eché á su cuello para abrazarle; pero salí de Touches y jamás volveré allí.

»En la fuerza del odio que me hace desear la muerte de la señora de Rochefide (pero entiéndase que se la deseo de una fluxión de pecho ó de otro accidente cualquiera) he reconocido la fuerza y el poder de mi amor por Calixto. Esa mujer ha venido á turbar mi reposo, la veo en sueños; ¡tendré que encontrarla algún día en mi camino? ¡Ah! ¡la postulante de la Visitación tenía razón! Touches es un lugar fatal donde Calixto reavivó sus recuerdos, que son más fuertes que las delicias de nuestro amor. Madre querida, averigüe usted si la marquesa de Rochefide está en París, porque entonces no me movería de Bretaña. ¡Pobre señorita de Touches, que se arrepiente ahora de haberme hecho vestir

el día del contrato como se vestía Beatriz, á fin de realizar sus planes! ¡si supiese hasta qué punto me mortifica hoy su rival!... Pero esto es una prostitución, y yo siento vergüenza y no soy lo que era. Me anima un furioso deseo de huir de Gueranda y de las arenas de Croisic.»

«26 agosto.

»Decididamente, vuelvo á las ruinas de Guenic. Calixto, apenado al ver mi inquietud, me conduce allí. O mi marido conoce poco el mundo, si no adivina nada, ó, si sabe la causa de mi huida, no me ama. Temo tanto adquirir la certidumbre de lo que pienso, que hago como los niños que se tapan los ojos con las manos para no ver ni sentir una detonación. ¡Oh! madre mía, yo no soy amada con el mismo amor que siento en el corazón. Calixto es encantador, es sincero; pero ¿qué hombre, á no ser un monstruo, dejaría de mostrarse, como Calixto, amable y cariñoso al recibir todas las flores que brotan en el alma de una joven de veinte años, educada por usted, pura como yo soy, amante, y, según le han dicho á usted muchas mujeres, hermosa?»

«Guenic, 18 septiembre.

»¿La ha olvidado? He ahí el único pensamiento que agita mi alma. ¡Ah! mamá querida, ¿han tenido todas la mujeres que combatir recuerdos, como me sucede á mí? El mundo no debía casar más que á jóvenes inocentes con doncellas puras. Pero esto es una engañosa utopía. Vale más tener la rival en el pasado que en el porvenir. ¡Ah! compadézcame usted, madre mía, aunque en este momento sea feliz, como mujer que teme perder su dicha y que se agarra á ella. Según dijo la profunda Clotilde, esto es una manera de acabar con ella algún día.

»Hace cinco meses que echo de ver que ya no pienso en mí, es decir, en Calixto. Diga usted á mi hermana Clotilde que sus tristes humoradas acuden á veces á mi mente, y que la considero feliz viendo que permanece fiel á un muerto y que no tiene que temer rivalidad. Abraza usted á mi querida Atenais y dígame que Justo está loco por ella. Por lo que me dice usted en su última carta, veo que teme que se la den ustedes á otro. Procuren cultivar ese temor como una flor

preciosa. Atenais será así la dueña, pues yo que temía no obtener á Calixto, soy la esclava. Mil besos, mamá querida. ¡Ah! si mis terrores no fuesen vanos, Camilo Maupín me habría vendido cara su fortuna. Afectuosos recuerdos á papá.»

Estas cartas acusan perfectamente la situación secreta de la mujer y del marido. Sabina veía un matrimonio de amor donde Calixto lo veía de conveniencia. Durante la permanencia de los dos recién casados en Bretaña, los trabajos de restaurar y amueblar el palacio de Guenic habían sido dirigidos por el célebre arquitecto Grindot, bajo la vigilancia de Clotilde, de la duquesa y del duque de Grandlieu. Como en el mes de diciembre hubiese estado ya todo acabado, el joven matrimonio pudo volver á París, instalándose en su palacio de la calle de Borbón, donde Sabina experimentó un vivo placer, más bien ante la idea de hacer de señora de su casa, que por saber lo que su familia pensaría de su casamiento. Calixto, indiferente á estos manejos, se dejó guiar por su cuñada Clotilde y por su suegra, que no dejaron de agradecerle su complacencia. El joven bretón ocupó en París el puesto que le correspondía por su nombre, por su fortuna y por su alianza. El éxito de su mujer, reputado como uno de los más encantadores, las distracciones que proporciona la alta sociedad, los deberes que llenar y las diversiones del invierno en París, comunicaron alguna fuerza á la felicidad del joven matrimonio, sirviéndoles de excitantes y de intermedios. Sabina, que fué juzgada mujer feliz por su madre y por su hermana que vieron en la frialdad de Calixto un efecto de su educación inglesa, abandonó sus negras ideas, y, como oyese que muchas mujeres envidiaban su suerte, relegó sus terrores al país de las quimeras. Finalmente, el embarazo de Sabina completó las garantías que ofrecía aquella unión del género neutro, unión de la que siempre auguran bien las mujeres expertas. En octubre de 1839, la joven baronesa de Guenic tuvo un hijo, y, siguiendo los impulsos de todas las mujeres en caso análogo, cometió la locura de criarlo ella misma. ¿Cómo no ser verdaderamente madre cuando se ha tenido un hijo de un marido verdaderamente idolatrado? A fines del verano siguiente ó sea en agosto de 1840, Sabina llegaba al término feliz de la cría de su primer hijo. Después de permanecer dos años en París, Calixto había abandonado por completo aquella

inocencia cuyo prestigio había decorado sus estrenos en el mundo de la pasión. Calixto, que se había hecho amigo del joven duque Jorge de Maufrigneuse, recién casado, como él, con la heredera Berta de Cinq-Cygne, del vizconde Saviniano de Portenduere, de los duques de Rhetore, de los de Lenoncourt-Chaulieu y de todos los concurrentes al salón de su suegra, vió las diferencias que existen entre la vida de París y la de provincias. La riqueza tiene horas funestas y ociosidades que París sabe, mejor que ninguna otra capital, distraer, encantar y divertir. Con el roce con aquellos jóvenes maridos que dejan las más nobles y hermosas criaturas por las delicias del cigarro y del whist y por las sublimes conversaciones del club, el joven hidalgo perdió muchas de sus virtudes bretonas. El maternal deseo de una mujer que no quiere aburrir á su marido viene siempre en ayuda de las disipaciones de los recién casados. ¡Se siente tan orgullosa una mujer cuando ve volver á ella á un hombre á quien ha dejado en completa libertad!..

Una noche, en octubre de aquel año, para huir de los lloros de un niño de teta, Calixto, á quien Sabina no podía ver disgustado, se fué, aconsejado por ella, á Variedades, donde representaban una pieza nueva. El criado, encargado de tomar una butaca, la había tomado bastante cercana al proscenio. En el primer entreacto, Calixto, mirando en torno suyo, vió en una de las bolsas de platea, á cuatro pasos de él, á la señora de Rochefide. ¡Beatriz en París! ¡Beatriz en público! estas dos ideas atravesaron el corazón de Calixto como dos flechas. ¡Volver á verla después de tres años! ¡Cómo explicar el trastorno que produjo esto en el alma de un amante que, lejos de olvidar, se hacia de tal modo la ilusión de ver á Beatriz en su mujer, que ésta lo había llegado á notar! ¡Quién no comprende fácilmente que el poema de un amor perdido, desconocido, pero siempre vivo en el corazón del marido de Sabina, había de eclipsar las ternuras conyugales y el inefable cariño de la esposa? Beatriz pasó á ser para él la luz, el movimiento, la vida, lo desconocido; mientras que Sabina fué el deber, las tinieblas, lo previsto. La una fué en un momento el placer, y la otra el fastidio. Todo esto pasó por la mente del joven con la rapidez del rayo.

Llevado de su lealtad, el marido de Sabina tuvo, sin embargo, por un instante el noble pensamiento de marcharse

á su casa; pero al salir del salón vió abierta la puerta de la bolsa y sus pies le condujeron allí á pesar suyo. El joven bretón encontró allí á Beatriz entre dos hombres distinguidos, Canalis y Nathan, político el uno y literato el otro. En los tres años que Calixto no había visto á la marquesa, ésta había cambiado notablemente; pero aunque su metamorfosis hubiese alterado su belleza, no por eso había de estar menos poética ni menos atractiva para Calixto. Hasta la edad de treinta años, las mujeres bonitas de París no piden para adornarse más que el vestido; pero cuando pasan por la fatal puerta de los treinta, buscan armas, seducciones y encantos en los trapillos; procuran adquirir nuevas gracias, ensayan todos los medios para adquirir belleza y juventud, estudian sus más ligeros detalles, y pasan, en fin, de la naturaleza al arte. La señora de Rochefide acababa de sufrir las peripecias del drama que, en esta historia de las costumbres del siglo xix, se llama la *Mujer abandonada*. Como hubiese sido abandonada por Conti, Beatriz se convirtió, como era natural, en una artista en tocado, en coqueterías y flores artificiales de toda clase.

—¡Cómo! ¿no está aquí Conti?—preguntó en voz baja Calixto á Canalis, después de haber hecho los saludos ordinarios con que comienzan las entrevistas más solemnes cuando tienen lugar públicamente.

El antiguo poeta del arrabal Saint-Germain, dos veces ministro y convertido por cuarta vez en orador, aspirante á algún nuevo ministerio, se puso significativamente un dedo sobre los labios, y este gesto se lo explicó todo á Calixto.

—¡Cuánto me satisface volver á verle!—dijo melifluamente Beatriz á Calixto.—Al verle allí hace un momento y al reconocerle, me decía que estaba segura de que no renegaría de mí. ¡Ah! Calixto mío, ¿porqué se casó usted — le dijo al oído,—y, sobre todo, con una tontuela?...

Cuando una mujer habla al oído á un recién llegado á su palco, sus acompañantes tienen siempre un pretexto para dejarla sola con él.

—¿Viene usted, Nathan?—dijo Canalis.—La señora marquesa me permitirá que vaya á decir dos palabras á d'Arthez, á quien veo ahora con la princesa de Cadiñán; se trata de una combinación de tribuna para la sesión de mañana.

Esta salida de buen tono permitió á Calixto reponerse de la emoción que acababa de sufrir; pero acabó de perder su

espíritu y su fuerza al aspirar el perfume encantador y venenoso para él, de la poesía compuesta por Beatriz. La señora de Rochefide, que se había vuelto huesosa, seca, delgada, ajada, ojerosa y de mal color, había embellecido aquella noche sus prematuras ruinas mediante las más ingeniosas concepciones del tocador, y, como todas las mujeres que han sido abandonadas, se había propuesto afectar aires de origen, recordando, con muchas ropas blancas, á las doncellas en *a* de Ossian, tan poéticamente pintadas por Girodet. Su rubia cabellera envolvía su larga cara con sus abundantes rizos donde resplandecían las luces atraídas por el brillo de una pomada perfumada. Su pálida frente relucía y sus mejillas estaban animadas por imperceptible capa de colorete. Un chal de una finura capaz de hacer dudar que los hombres puedan trabajar de aquel modo la seda, estaba arrollado á su cuello para disimular su longitud, ocultándolo y dejando ver imperfectamente tesoros engastados en el corsé. Su talle era una obra maestra de composición. Respecto á su postura, bastará con que digamos que valía todo el trabajo que ella se había tomado para buscarla. Sus delgados brazos apenas se notaban bajo los artificiosos bullones de sus anchas mangas. En una palabra, que toda ella ofrecía esa mezcla de falsa frescura, de brillantes sederías, de vivacidad, de calma y de movimiento que se llama *no sé qué*. Todo el mundo sabe en qué consiste el *no sé qué*: consiste en mucha gracia, mucho gusto y temperamento. Beatriz era, pues, una figura decorativa de movimiento y sumamente ataviada. La representación de estas comedias de magia, que suelen ir acompañadas de hermoso diálogo, vuelven locos á los hombres sinceros, porque, por la ley de los contrastes, experimentan un desenfrenado deseo de jugar con los artificios. Esto es falso y seductor, es rebuscado; pero resulta agradable, y ciertos hombres adoran á esas mujeres que juegan á la seducción como ellos juegan á las cartas. He aquí por qué: el deseo del hombre es un silogismo que deduce de esta ciencia exterior los secretos terrenos de la voluptuosidad: el espíritu se dice: «Una mujer que sabe ponerse tan hermosa, debe tener muchos otros recursos en la pasión». Y es verdad. Las mujeres que se ven abandonadas son las que aman, y las conservadoras son las que saben amar. Ahora bien; si aquella lección del italiano había sido cruel para el amor propio de Beatriz, esta poseía un

modo de ser demasiado artificioso por naturaleza para no aprovecharse de ella.

—No se trata de amaros—decía Beatriz unos instantes antes de que Calixto entrase,—sino que es preciso mirarlos cuando os tenemos en las manos; ahí está el secreto de las que quieren conservarlas. ¡Los dragones guardianes de los tesoros están armados de garras y de alas!

—Se podría hacer un soneto con vuestro pensamiento—respondía Canalis en el momento en que Calixto apareció.

Con una sola mirada, Beatriz adivinó el estado de Calixto, y vió que éste tenía impresas y rojas las señales del collar que ella le había puesto en Touches. Calixto, herido del insulto dirigido á su mujer, titubeaba entre su dignidad de esposo y dirigir una palabra dura á aquel corazón que exhalaba para él tanto recuerdo y que él creía sangrando aún. La marquesa, que observaba aquella duda, no quiso decir nada para saber hasta dónde llegaba su imperio sobre Calixto; pero al verle tan débil, salió á su auxilio para sacarle del apuro, diciéndole, una vez se salieron los dos cortesanos:

—Venga, amigo mío, ya me encuentra usted sola; sí, sola en el mundo.

—¿Y no pensó usted en mí?—dijo Calixto.

—¿En usted? ¿No está usted casado?... Desde que no nos hemos visto, esta noticia me causó un gran dolor en medio de mis dolores, porque, me dije, no sólo pierdo su amor, sino también una amistad que yo creía bretona. A todo se acostumbra una. Ahora sufro menos, pero estoy aniquilada. Esta es la primera expansión que tengo hace ya mucho tiempo. Obligada á mostrarme orgullosa ante los indiferentes y arrogante con los que me hacen la corte, y habiendo perdido á mi querida Felicidad, no contaba siquiera con un corazón amigo á quien poder decirle: «¡Sufro!» De modo que ahora ya puedo decirle cuál sería mi angustia al verle á cuatro pasos de mí... Sí—dijo respondiendo á un gesto de Calixto,—esto casi me parece fidelidad. Ya ve usted lo que son los desgraciados; un nada, una visita es para ellos todo. ¡Ah! usted me amó como yo merecía ser amada por aquel que se complació en pisotear los tesoros que yo le prodigaba. Y, por desgracia, yo no sé olvidar, amo, y quiero permanecer fiel á aquel pasado que no volverá nunca.

Mientras decía este discurso, improvisado ya más de cien

veces, Beatriz movía sus pupilas á fin de aumentar con los gestos el efecto de las palabras que parecían arrancadas del fondo de su alma por la violencia de un torrente retenido mucho tiempo. Calixto, en lugar de hablar, dejó correr las lágrimas que asomaban á sus ojos, viendo lo cual, Beatriz le tomó la mano y se la estrechó, haciéndole palidecer de emoción.

—¡Gracias, Calixto! gracias, hijo mío; así es como un amigo verdadero debe responder al dolor del amigo... Nosotros nos entendemos. No añada usted una palabra... váyase, que nos miran, y podría usted disgustar á su mujer, si, por casualidad, le dijese que nos hemos visto, aunque bien inocentemente y en presencia de mil personas... Adiós; yo soy fuerte, vea usted...

Y se enjugó los ojos, haciendo lo que, en la retórica de las mujeres, debe llamarse una antítesis en acción.

—Déjeme usted reirme con risa de condenado con los indiferentes que me divierten. Veo artistas, escritores y el mundo todo que conocí en casa de Camilo Maupin, la cual tuvo, sin duda, razón en hacer lo que hizo. Enriquecer al que se ama y desaparecer diciéndose: «Soy demasiado vieja para él», es acabar como una mártir. Eso es lo mejor cuando no se puede acabar siendo virgen.

Y se echó á reír, como para destruir la triste impresión que debió de causar á su antiguo adorador.

—Pero ¿adónde podré ver á usted?—dijo Calixto.

—He ido á esconderme á la calle de Chartres, delante del parque de Monceaux, á una casita acomodada á mi fortuna, donde cultivo la literatura por distraerme y para mí sola. ¡Dios me libre de la manía de esas damas escritoras!... Vaya, salga usted; déjeme, porque no quiero que el mundo se ocupe de mí, y ¿qué van á decir si nos ven juntos? Además, mire, Calixto, si se queda usted un instante más, lloraré como una niña.

Calixto se retiró después de tender la mano á Beatriz y de haber experimentado por segunda vez la sensación profunda y extraña de una doble presión llena de seductores cosquilleos.

—¡Dios mío! ¡Sabina no ha conmovido nunca de este modo mi corazón!—pensó Calixto cuando estuvo en los pasillos.

Durante el resto de la noche, la marquesa de Rochefide

no dirigió á Calixto otras miradas directas, sino que lo contempló de reojo, causando así mil desazones á aquel hombre entregado por completo á su desgraciado y primer amor.

Cuando el barón de Guenic se vió en su casa, el esplendor de sus habitaciones le hizo pensar en las privaciones de que le había hablado Beatriz, y tomó odio á su fortuna porque no podía pertenecer al ángel caído. Cuando supo que Sabina se había acostado hacia ya largo rato, se consideró muy feliz de poder disponer de aquella noche para entregarse á sus emociones, si bien maldijo el poder de adivinación que el amor daba á Sabina. Cuando, por ventura, un hombre es adorado por su mujer, ésta lee en su rostro como en un libro, conoce las menores alteraciones de los músculos, le pide cuenta de la más ligera tristeza, procura indagar si es ella la que la motiva y estudia detenidamente sus ojos, pues á ella los ojos le dicen si la ama ó no. Calixto sabía que era objeto de un culto tan sencillo, tan profundo y tan celoso, que dudó que su mujer no notase la profunda emoción que había sufrido.

—¿Cómo haré mañana por la mañana?—se dijo durmiéndose y temiendo ya la inspección á que le sujetaba Sabina.

Encarándose con su marido, muchas veces durante el día Sabina le preguntaba: «¿Sigues amándome?» ó bien: «¿No te causo fastidio ya?» interrogaciones éstas hechas siempre con gracia, y variadas según el carácter de las mujeres que ocultan así sus angustias fingidas ó reales.

Los corazones más nobles suelen á veces tener sentimientos indignos cuando son presa de sus pasiones. Así es que al día siguiente por la mañana, Calixto, que amaba ciertamente á su hijo, se estremeció de alegría al saber que Sabina buscaba la causa de algunas convulsiones sufridas por el niño, y que no se separaba de él por temor al *crup*. El barón pretextó un negocio, y salió, á fin de no almorzar en su casa, huyendo de ella como huyen los prisioneros, y considerándose feliz de poder encaminarse solo por el puente de Luis XVI y los Campos Elíseos hacia un café del bulevar, donde se complació en almorzar solo, como si estuviese soltero. ¿Qué hay en el amor? ¿Se encabrita acaso la naturaleza bajo el yugo social? ¿Es que la naturaleza quiere que el impulso que le da á la vida sea espontáneo y libre, y que se parezca al curso de un torrente fogoso detenido á intervalos por las rocas de la contradicción y de la coquetería, en lugar

de ser mansa corriente que se desliza tranquila entre los bordes de la alcaldía y de la iglesia? Hubiera sido difícil encontrar un joven más santamente educado que Calixto y de costumbres más puras y más religiosas que él, y, sin embargo, volaba hacia una mujer indigna, cuando una clemente y feliz casualidad le había deparado en la baronesa de Guenic, á una joven de belleza verdaderamente aristocrática, de talento fino y delicado, piadosa, amante, fiel, de angelical amabilidad y apasionadamente enamorada. ¡Quién sabe! Esto depende, sin duda, de que los hombres más grandes conservan aún un poco del barro primitivo de que fueron formados y de que el fango les resulta agradable, resultando así la mujer el ser más perfecto, á pesar de sus faltas y de sus extravíos. Sin embargo, la señora de Rochefide, en medio del cortejo de pretensiones que la rodeaba y á pesar de su caída, pertenecía á la más alta nobleza, poseía una naturaleza más etérea que fangosa y, bajo apariencias aristocráticas, ocultaba el papel de cortesana que se proponía desempeñar. Pero esta explicación no bastaría para explicar la pasión de Calixto. Tal vez se encontraría la razón de ella en una vanidad tan profundamente oculta, que los moralistas no han descubierto aún esta parte del vicio. Hay hombres llenos de nobleza como Calixto, hermosos, ricos, distinguidos y bien educados como él, que, sin darse ellos mismos cuenta, se cansan de un matrimonio con una naturaleza semejante á la suya, de un matrimonio con una naturaleza semejante á la suya, seres cuya nobleza no se asombra de la nobleza, y que van á buscar al lado de naturalezas inferiores ó caídas la sanción de su superioridad, cuando no van á mendigar sus elogios. El contraste de la decadencia moral y de lo sublime distrae sus miradas. ¡Brilla tanto lo puro al lado de lo impuro! Esta contradicción divierte. Calixto no tenía que proteger nada en Sabina, porque ésta era irreprochable; resultando de aquí que todas las fuerzas perdidas de su corazón se empleaban en Beatriz. Si ha habido grandes hombres que han desempeñado á nuestros ojos el papel de Jesús protegiendo á la mujer adúltera, ¿por qué no han de poder hacer lo propio las gentes ordinarias?

Calixto esperó las dos de la tarde animado por esta frase: «¡Voy á verla!» frase que ha ocupado á veces el pensamiento de muchos hombres durante viajes de setecientas leguas... El joven bretón se encaminó con paso lento hacia la calle de Courcelles, reconoció la casa, á pesar de que no la había

visto nunca, y él, el yerno del duque de Grandlieu, el joven rico y noble como los Borbones, permaneció en el descansillo de la escalera detenido por esta pregunta de un anciano ayuda de cámara:

—¿El nombre del señor?

Calixto comprendió que debía dejar á Beatriz su libre albedrío, y esperó, examinando el jardín y las paredes surcadas por las líneas negras y amarillas que producen las lluvias en las casas de París.

Como casi todas las grandes damas que rompen sus cadenas, la señora de Rochefide había huído dejando á su marido toda su fortuna, y no había querido tender la mano á su tirano. Conti y la señorita de Touches habían ahorrado á Beatriz los apuros que producen la falta de recursos, sin contar con que la madre de ésta le había remitido en diversas ocasiones algunas sumas. Al hallarse sola, la marquesa se había visto obligada á hacer economías bastante duras para una mujer acostumbrada al lujo, y trepando hasta la cima de la colina donde se extiende el parque de Monceaux, se había refugiado en una casita de gran señor situada en aquella calle, provista de un magnífico jardín y cuyo alquiler no pasaba de mil ochocientos francos anuales. Sin embargo, servida siempre por un antiguo criado, por una camarera y por una cocinera de Alençon, adictos á su infortunio, su miseria hubiera sido aún la opulencia para muchos burgueses ambiciosos. Calixto subió una escalera cuyos peldaños habían sido pulidos y cuyos descansillos estaban llenos de flores. Al llegar al primer piso, el criado abrió una doble puerta provista de cortinajes de terciopelo rojo forrado de seda y con clavos dorados. La seda y el terciopelo tapizaban todas las habitaciones por donde Calixto pasó. Los tapices de colores serios, las cortinas de seda en los balcones, los muebles, en una palabra, todo contrastaba con el exterior de aquella casa, que el propietario tenía muy descuidada. Calixto esperó á Beatriz en un salón amueblado con sencillo lujo. Aquella pieza tapizada de terciopelo color granate, realzada por sederías de amarillo mate, alfombrada de color rojo obscuro, y cuyas ventanas parecían invernaderos, por la infinidad de flores que abundaban en sus jardineras, estaba iluminada por luz tan débil, que Calixto apenas vió sobre la chimenea dos jarrones de Sevres, entre los cuales brillaba una copa de plata atribuida á Benvenuto Cellini y que ha-

bía sido traída de Italia por Beatriz. Los muebles de madera dorada tapizados de terciopelo, las magníficas consolas, sobre una de las cuales se veía un curioso reloj, la mesa, con tapiz de Persia, en una palabra, todo atestiguaba una antigua opulencia cuyos restos habían sido bien dispuestos. Sobre una mesita, Calixto vió alhajas y un libro empezado, sobre el cual brillaba el mango salpicado de piedras preciosas de un corta papel, símbolo de la crítica. Finalmente, diez acuarrelas provistas de ricos marcos representando los dormitorios de las diversas casas en que la vida errante de Beatriz le había hecho vivir, daban una idea de la superior impertinencia de la dueña de la casa. El roce de una bata de seda anunció á la infortunada, que se presentó ataviada de un modo que á cualquier hombre corrido le hubiese dado á entender que le esperaba. La bata de casa, cortada de modo que dejase entrever un poco de su blanco pecho, era de muaré gris perla con grandes mangas perdidas, de donde salían los brazos introducidos en doble manga de bullones y provista de encaje en sus extremos. Sus hermosos cabellos rubios, que el peine había ahuecado, se escapaban por debajo de un gorro de encaje y de flores.

—¿Ya?...—dijo Beatriz sonriéndose.—Un amante no se hubiera dado más prisa. Tendrá usted que revelarme algún secreto, ¿verdad?

Y esto diciendo, se sentó en una otomana, invitando á Calixto á que se colocase á su lado. Por una casualidad, buscada, sin duda (pues las mujeres tienen dos memorias: la de los ángeles y la de los demonios), Beatriz exhalaba el perfume de que se servía en Touches cuando tuvo lugar su primer encuentro con Calixto. Aspirar aquel perfume, tocar aquella bata, mirar aquellos ojos que, en medio de aquella semiobscuridad, atraían la luz y la reflejaban luego, y perder la cabeza, fué todo uno para Calixto. El desgraciado volvió á ser presa de aquella violencia que estuvo á punto de matar á Beatriz; pero esta vez la marquesa estaba al borde de una otomana y no del Océano. Beatriz se levantó para llamar, colocándose un dedo sobre los labios, y al ver este ademán, Calixto, llamado al orden, se contuvo y comprendió que la marquesa no tenía intenciones bélicas.

—Antonio, no estoy en casa para nadie—dijo al anciano criado.—Ponga usted leña en la chimenea. Calixto, ya ve usted que le trato como amigo—repuso con dignidad una